

LOS DILEMAS ESTRATÉGICOS DE RUSIA

Josep BAQUÉS QUESADA
Grupo de Estudios de Seguridad Internacional (GESI)
Profesor de la Universidad de Barcelona



O muchas grandes potencias han tenido tantos vaivenes como Rusia en tan pocos años. Tras la implosión de la URSS, que Putin consideró como uno de los mayores dramas del siglo XX, llegó una etapa de decadencia. La transición a la Federación Rusa supuso la pérdida de la mitad de su población (de 300 a 150 millones de habitantes), así como de un tercio de su territorio, sin contar con la disolución del Pacto de Varsovia que, en virtud de la Doctrina Brézhnev, podía ser considerado como un protectorado soviético *de facto*. Pacto que, debido a diversas vicisitudes, incluía a Estados que disponían de una parte importante de la industria del bloque comunista.

Esta primera fase tuvo a Boris Yeltsin por timonel, siendo notable el hecho de que en una primera estación de dicha travesía del desierto se produjo un acercamiento a Occidente, probablemente menos sincero que propiciado por la propia evanescencia rusa y por la autocomprensión de su debilidad (Brzezinski, 1998: 105-107). A mediados de los años 90, Rusia estuvo a punto de alcanzar su particular «abismo de Challenger», rayano en la irrelevancia geopolítica. Eso coincidió, lógicamente, con el anuncio de algunos expertos acerca de que estaríamos en un mundo unipolar (Krauthammer, 1991; Mastanduno, 1997).

Sin embargo, en pocos tiempo volvió a trazar su propia senda, de modo más palmario cuando Putin se hizo con el poder. Tras unos primeros años presididos por la prudencia, a partir de 2005 el nuevo líder pasó a hacer gala de una política exterior muy asertiva e incluso agresiva (Tsygankov, 2013: 235-236). En todo caso, los indiscutibles éxitos alcanzados bajo sus mandatos han propiciado que muchos hayamos elogiado la resiliencia rusa, que ha conseguido que haya vuelto a ser, en cuestión de poco tiempo, una potencia relevante en la ecuación de la geopolítica mundial, no a la altura de los Esta-

dos Unidos, ni tampoco de China, debido a los déficits estructurales de su poder potencial (demografía y economía) y a las limitaciones de su poder militar (Mearsheimer, 2001), sobre todo cuando se comparan con el de competidores de tanta enjundia como los aquí citados. Pero había sido reflotada para estar en condiciones, como mínimo, de incidir favorablemente en sus tres principales retos geoestratégicos, a saber:

- Mantener bajo control los remanentes de su extranjero próximo, frenando el avance pacífico de la OTAN y la UE hacia sus propias fronteras, mediante el empleo de diversos instrumentos no militares (zona gris) o militares (guerra híbrida) que se plantean disuasoriamente como un modo de demostrar a las potencias occidentales que Rusia también puede dañar sus intereses sin recurrir a la guerra (mediante el empleo de herramientas propias de la zona gris en diversos Estados europeos). Este reto se vislumbra como defensivo (Pettyjohn y Wasse, 2019: 36-37), ya que históricamente Rusia ha sufrido diversas invasiones por el corredor llano, que conecta las principales potencias occidentales con Moscú (1), habida cuenta de que las únicas barreras orográficas de cierto relieve se hallan en los Cárpatos y en los Urales, es decir, demasiado al sur y al este como para ser buenos baluartes defensivos.
- Contribuir a que el mundo deje de ser unipolar, potenciando para sí misma un papel arbitral en la pugna por el liderazgo internacional, en un mundo tendencialmente multipolar, lo que ha conducido a Rusia a un acercamiento a China — hecho sin precedentes, tras la ruptura acaecida a principios de los años 60 del siglo XX —.
- Establecer un punto de inflexión a partir del cual Rusia pueda volver a proyectar poder más allá de ese extranjero próximo. Pensemos en el caso de Siria (y también en sus buenas relaciones con Irán), así como en su recuperada influencia en los Balcanes o en su creciente influencia en el Magreb o el África subsahariana. En Rusia interpretaron las primaveras árabes como una nueva ofensiva occidental contra sus intereses en la zona MENA (*Middle East and North Africa*), llegando a la conclusión de que ellos tenían que ser más proactivos allí para evitar que volviera a suceder (Sutyagin y Bronk, 2017: 6).

Como telón de fondo de esta renovada energía, la Rusia de Putin ha vuelto a mirarse en el espejo de un Estado-civilización que asume con orgullo (y con

(1) Francia, con Napoleón a la cabeza, a principios de siglo XIX, y Alemania, con Hitler al frente, a mediados del siglo XX. Es decir, que a ojos de Rusia se trata de riesgos verosímiles. De alguna manera, la ampliación de la OTAN y de la UE hacia el este ha sido vista como la tercera ola del mismo problema.

un inteligente pragmatismo) todas las herencias del pasado. Un buen resumen sería: la momia de Lenin sigue en la plaza Roja, mientras que la Cruz de San Andrés ondea en los buques de su Armada. Así de sencillo. Porque lo importante para Moscú es, precisamente, que los rusos estén unidos para afrontar con más confianza los enormes retos del siglo XXI.

Esa unión se vertebra en torno a la defensa de la religión ortodoxa, en el sentido más sociológico que teológico que ya anunció Huntington (1997) para que de ese modo, tras la punta de lanza de creyentes, aparezcan millones de rusos que abrazan esa causa por mera tradición. Lejos de planteamientos étnicamente perfilados, más bien se alude a cuestiones etológicas. Así, aunque las elites rusas se han debatido históricamente entre diversas sensibilidades, tanto la corriente eslavófila como la euroasiática (que son las dominantes en nuestros días) comparten la crítica a Occidente. Ambas cuestionan el exceso de hedonismo y laxitud moral detectado en nuestras sociedades, síntoma de relativismo de acuerdo con los parámetros que se manejan desde Moscú (Jovaní, 2014: 169-176). Por todo lo cual, Rusia se acerca, casi por inercia, a esas otras civilizaciones que también basan sus valores en patrones más conservadores que los dominantes en Occidente (la sínica y la islámica, sobre todo).

El programa está claro, lo cual no es poco, al menos para quienes pensamos que lo primero es tener una política exterior digna de tal nombre y que añadimos que para ello es importante alcanzar previamente un consenso interno amplio (que no necesariamente absoluto), que sea capaz de resistir los embates de lo meramente coyuntural. Ahora bien, estando eso claro, la ejecución de dicho programa es más discutible. En los siguientes párrafos analizaremos hasta qué punto este es plausible o es demasiado ambicioso.

Principales escenarios de la geopolítica rusa

En trabajos anteriores publicados en esta misma REVISTA, ya sostuvimos que Rusia puede ser vista como un gigante con los pies de barro, atendiendo al estado real de su economía y a las dificultades que tiene para modernizar sus Fuerzas Armadas, estando ambas cosas estrechamente relacionadas (Baqués y Arrieta, 2019: 742-745). Pero esos déficits son solamente los que muestra la fría estadística. Hay cosas peores que tienen que ver con los graves dilemas geopolíticos que debe asumir esa Rusia que tiene ansia por recuperar el tiempo (y el espacio, al menos en parte) perdido. Son muchos dilemas y... ese es el problema. Porque es discutible que el Kremlin, con sus recursos y sin aliados de peso (2), pueda atender a tantos frentes a la vez. Resumidamente:

(2) Suele omitirse de muchos análisis que Rusia ha creado su propia organización de seguridad colectiva: la OTSC. Sin embargo, esta responde sobre todo al interés del Kremlin por atar

- El flanco occidental y la intervención en el conflicto de Ucrania.
- Problemas internos en las provincias musulmanas del Cáucaso.
- Presencia en Oriente Próximo e intervención en el conflicto de Siria.
- Presencia en África, especialmente en el Magreb y África subsahariana.
- La salida al Mediterráneo y el papel de Turquía.
- Apertura del Ártico.
- Penetración china en Siberia.

Una vez asumidos esos escenarios, conviene realizar un análisis de cada uno de ellos antes de proponer unas conclusiones generales.

El flanco occidental y la intervención en el conflicto de Ucrania

En cuanto a la situación en su extranjero próximo, dista de estar resuelta, obligando a Rusia (incluyendo parte de sus Fuerzas Armadas) a mantenerse permanentemente en guardia. Pese al éxito de la rápida e incruenta «(re-)incorporación» de Crimea, en el este de Ucrania el conflicto sigue candente, si bien tras el gran desgaste inicial se ha reconvertido en uno de baja intensidad. El problema para Moscú es que Rusia perdería credibilidad si a estas alturas abandonara a su suerte a las milicias del Donbas.

Por otro lado, el *modus vivendi* alcanzado en Osetia del Sur y en Abjasia dista de ser adecuado para alguna de las partes, condenando a ambos territorios —permítaseme la licencia— a ser auténticos OPNI (Objetos Políticos No Identificados), a modo de pseudoestados sin apenas reconocimiento internacional; un mal ejemplo (bastante desincentivador, en definitiva) para posibles aliados rusos en el futuro. Lo mismo puede afirmarse de Transnistria, que oficialmente es parte de la República de Moldavia, pero que, con el apoyo de Moscú, mantiene un peculiar estatus como pseudoestado. Otro más.

A lo largo de estos últimos años, Rusia ha tratado de evitar la creciente influencia occidental en su extranjero próximo mediante operaciones de influencia política basadas en la aplicación de herramientas propias de la zona gris (3). Pero el resultado aparente es que está teniendo un efecto bumerán a medida que los Estados occidentales afectados y sus opiniones públicas han sido advertidos de esa dinámica (Pettyjohn y Wasser, 2019: xi).

en corto a Estados como Bielorrusia, Armenia o Kazajstán (siendo también miembros Kirguistán y Tayikistán), evitando de ese modo nuevas situaciones, como la planteada por Ucrania. El problema es que se trata de Estados sin apenas proyección ni intereses que vayan más allá de su propio territorio. Como dato curioso donde los haya, valga añadir que ninguno de esos socios de Rusia posee salida al mar (si bien Kazajstán la tiene al Caspio).

(3) Para una mejor comprensión de lo que significa e implica una zona gris, puede consultarse el documento «Hacia una definición del concepto *Gray Zone*» (Baqués, 2017).

Problemas en el Cáucaso musulmán

De acuerdo con las tesis de Huntington, Rusia, histórica y recurrentemente, ha tenido veleidades de convertirse en una potencia de corte occidental, lo que la ha convertido en un «Estado desgarrado», lo cual ya de por sí constituye un problema porque genera cierta esquizofrenia estratégica (Huntington, 1997: 164-169). La pregunta pertinente sería si Rusia se concibe a sí misma como parte de Occidente o de alguna otra cosa, no estando clara la respuesta, ni siquiera entre las elites del país (4). La cuestión es que, *a fortiori*, a partir de su geografía humana Rusia también podría terminar siendo —por seguir con el argot huntingtoniano— un «Estado escindido», esta vez a causa de la concentración de población musulmana en el Cáucaso (principalmente, Chechenia, Ingusetia y Daguestán).

A lo largo de los últimos años, los conflictos armados en esa zona han provocado un auténtico desastre humano. Pese al habitual baile de cifras, podemos hablar de varios miles de muertos entre los militares rusos (entre 10.000 y 20.000, según se trate de fuentes oficiales o del balance sugerido por la Unión de Comités de Madres de Soldados de Rusia), de muchos más heridos, de decenas de miles de muertos entre los civiles (unos 100.000), así como de centenares de miles de desplazados (unos 500.000), provocando un enorme desgaste en la sociedad rusa.

Esto debilita al país por cuanto amenaza su unidad, le crea problemas internos con tendencia a cronificarse —incluyendo actos de terrorismo, que se reproducen dentro y fuera de la zona de conflicto—, de manera que entorpece su candidatura para ser una de las grandes potencias del multipolarismo en ciernes, en la medida en que los Estados afectados por este tipo de problemas suelen ser demasiado inestables (Mastanduno, 1997). La confluencia de ambas características («Estado desgarrado» y «Estado escindido»), que a ojos de Huntington constituyen auténticas patologías, augura un futuro complicado para el gigante euroasiático.

(4) Cuando Medvédev ofreció un gran pacto de seguridad transatlántico, en 2008, que incluyera a los Estados Unidos, Europa y la propia Rusia, estaba reelaborando la teoría de Huntington mediante la inclusión de Rusia en una suerte de «civilización occidental ampliada». Tiene lógica: el cristianismo (factor aglutinador para Huntington) en sus tres versiones (protestante, católica y ortodoxa), pero mundo cristiano al fin y al cabo. Sin embargo, en parte debido a probables errores occidentales y en parte a la falta de convicción derivada de esa misma esquizofrenia, esa opción parece haber caído en saco roto. Aunque quien escribe estas líneas no la descarta para un futuro.

Presencia en Oriente Próximo e intervención en el conflicto de Siria

La intervención rusa en el conflicto de Siria en apoyo del régimen alauita de Al-Ásad, y alineado con las tesis de la muy chiita Irán, puede ser calificada como exitosa. Tanto que probablemente el régimen le deba a Moscú su supervivencia. La confluencia con Irán se debe a la coincidencia de los objetivos geopolíticos de ambos Estados (5) y ha sido un magnífico acicate para atraer a Rusia al primer plano de la geopolítica del mundo musulmán. Cosa que no sucedía desde la Guerra Fría cuando apoyó directa o indirectamente a varios Estados vinculados al Movimiento Baaz. Por otro lado, esa participación también ha sido útil para demostrar las capacidades rusas en las guerras híbridas, lo cual incrementa el respeto —cuando no el temor— que terceros Estados profanan hacia el Kremlin.

Pero, por paradójico que pueda parecer, por esos mismos motivos la intervención rusa en Siria puede despertar nuevas suspicacias entre los habitantes de las regiones musulmanas de la Federación Rusa, ya que contienen poblaciones de mayoría sunita que previamente han sido sometidas a procesos de radicalización cognitiva y violenta, como quedó claro tras la experiencia de las dos guerras de Chechenia (1994-1996 y 1999-2009), causantes de las bajas comentadas en el apartado anterior.

En este sentido, no puede olvidarse que la relación de la extinta URSS con algunos Estados sunitas, o gobernados por ellos, pasaba por su laicización a través del movimiento Baaz, motivo por el cual en esos mismos Estados, cuyas sociedades están incursas en dinámicas de reislamización, no siempre se ve con buenos ojos al Kremlin. Pero esa mirada más bien escéptica se torna abiertamente crítica cuando Moscú se alinea con los Estados del bloque chiita (6), no pudiéndose descartar que los territorios del Cáucaso ruso causen un efecto llamada para otros islamistas que tras huir de Siria buscan nuevas motivaciones, mirando más a levante que a poniente.

(5) El listado de coincidencias entre Rusia e Irán daría para otro artículo monográfico. Pero, a título orientativo, valga citar: la oposición a las primaveras árabes, que son —no lo olvidemos— el origen del conflicto sirio; la conveniencia de blindar a Siria para evitar que los Estados Unidos adelanten sus líneas en la región; la necesidad de seguir empleando a Siria como base avanzada (en un caso como Estado santuario de Hezbolá, y en el otro como anfitrión de bases militares propias); los vínculos en el mercado internacional de los hidrocarburos, así como el apoyo al programa nuclear iraní, además del hecho de que Rusia nunca ha condenado un régimen que en los Estados Unidos está considerado —incluso antes de la constancia del programa nuclear— como *rogue* o bárbaro.

(6) Aunque el caso de Siria es paradójico, a fuer de original, ya que los alauitas constituyen, en todo caso, una secta muy minoritaria y muy heterodoxa, dentro del chiismo. Solamente el 17 por 100 de la población siria profesa esta fe; pero la dinastía Al-Ásad también lo hace, logrando mantenerse en el poder gracias a la gran fragmentación religiosa del país y al apoyo de otras minorías relevantes, como la cristiana (un 10 por 100 con mayoría de ortodoxos).

Presencia en el Magreb y África subsahariana

En la ribera sur del Mediterráneo la situación es parecida, aunque la presencia rusa está algo más avanzada. No conviene lanzar las campanas al vuelo, porque el punto de partida era realmente modesto: tras la caída de la URSS, Rusia se había olvidado de África (Gërocs, 2019). Sin embargo, en los últimos años parece haberse convertido en un lugar preferente para expandir la influencia rusa a corto plazo, como lo demuestra la reciente celebración de la primera cumbre Rusia-África (octubre de 2019), en la localidad de Sochi, a raíz de la cual se firmaron acuerdos por valor de más de 12.000 millones de dólares.

El hecho de que Rusia no haya tenido colonias en suelo africano está facilitando esa penetración (como también acontece con China), ya que no despierta tantas suspicacias como las viejas metrópolis. La más bien escasa preocupación rusa por el respeto de los derechos humanos y su poco refinada percepción de la democracia también son bazas que gustan en esas latitudes, en la medida en que los países occidentales suelen condicionar sus ayudas —cada vez más— a la realización de reformas en esos campos.

En particular, los intereses rusos en Libia, Argelia o Marruecos (aunque también en Nigeria, Guinea Ecuatorial o Angola) han ido creciendo en los últimos años, sobre todo en materia económica, aunque no es descartable que alcancen otros ámbitos, incluso a corto plazo, dado que Rusia también busca que esos Estados apoyen sus posiciones en el escenario internacional, en términos de defensa de lógicas multilaterales, esto es, alejadas de la égida de los Estados Unidos (Stronski, 2019: 3). El formato de la presencia rusa también es variable. No siempre prima la transparencia. La presencia del Grupo Wagner en Libia, en apoyo del general Jalifa Haftar, no ha pasado desapercibida. El premio si Haftar finalmente derrota al Gobierno de Trípoli podría ser suculento, también en clave de proyección naval (7).

Por otro lado, las relaciones de Gazprom con el gigante argelino Sonatrach están muy consolidadas, mientras que la multinacional estatal rusa ha firmado acuerdos de peso con otras grandes empresas del sector en la región, como la Nigeria National Petroleum Corporation (8). Asimismo, Rusia se ha involucrado en la extracción de minerales (incluyendo diamantes) en países como

(7) Haftar había iniciado su andadura en el escenario del conflicto generado tras la caída de Gadafi poco menos que a las órdenes de Washington, siendo monitorizado por la CIA (Barfi, 2014: 3-5). Las ventajas de apoyar a Haftar, si este llega al poder, serían evidentes, en la medida en que Libia cuenta con varios puertos importantes (sobre todo Trípoli), dos de los cuales (Tobruk y Bengasi) ya están en manos de las huestes de este general, que nunca ha escondido sus simpatías con el Movimiento Baaz.

(8) En 2009 Rusia se comprometió a financiar, en parte, el gasoducto transahariano (TSGP), que a su vez conecta con el gasoducto submarino Medgaz, del que recibimos buena

Angola a través de empresas como la pública Alrosa, con sede en Moscú, que es la sazón líder mundial en el sector.

Esta actividad, a caballo entre la mera economía y la diplomacia debido al carácter público de esas compañías, se ha visto complementada por los recientes acuerdos a los que ha llegado con Marruecos —definidos como «estratégicos» por ambas partes— para realizar inversiones en nuestro vecino por antonomasia, sobre todo por parte de empresas que emplean tecnologías de doble uso (Gaz, Kazan o Kamaz, entre otras). En todo caso, no podemos obviar que la creciente presencia económica rusa en toda el área del Magreb, así como al sur del Sáhara, depende sobremanera de que el eje Sebastopol-Tartus siga siendo operativo, en la medida en que la inmensa mayoría del volumen de mercancías transportado a lo largo y ancho del planeta sigue realizándose por vía marítima. Pero en este punto surgen nuevos problemas geopolíticos...

Salida al Mediterráneo y el papel de Turquía

Rusia siempre ha deseado tener una salida a mares abiertos a través de aguas cálidas, en buena medida debido a su frustración en el Ártico y a las dificultades para proyectarse desde el Báltico, que tantas veces se ha convertido en un callejón sin salida. Por ello, la mejor opción pasa por el Mediterráneo. Esta posibilidad podría parecer garantizada a partir del eje Sebastopol-Tartus, que se ha visto reforzado en los últimos tiempos. A su vez, Rusia está llegando a acuerdos para uso de instalaciones portuarias con diversos Estados ribereños del *Mare Nostrum*, especialmente —aunque no solo— con los de raíces ortodoxas. Es el caso de Grecia (El Pireo y Suda), pero también de Chipre (Limasol es cada vez más rusa a todos los efectos), de Serbia e incluso de Montenegro, lo que permite deducir que su penetración en el Mediterráneo responde a una estrategia bien meditada.

Sin embargo, este proyecto tiene su Talón de Aquiles: Turquía, ya que Ankara controla el tránsito entre el mar Negro y el Mediterráneo (9) a través de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos. Así visto, esto es parte de la tiranía de la geografía. Lo que se puede añadir a ese dato es que, en plena resurrección del (neo-)otomanismo, el Gobierno turco está lejos de adoptar

parte de nuestro gas natural. Pero debido a los problemas de seguridad detectados en la región, esas obras avanzan a un ritmo menor del esperado. En el fondo, ahí tenemos otro dilema ruso: quedarse fuera de unas obras que debilitan su capacidad de chantaje (a través del corte de suministro de gas o de su amenaza) sobre los Estados europeos.

(9) Ni qué decir tiene que por más que se aplique el derecho internacional relativo al régimen aplicable a los estrechos, esa normativa podría ser obviada en caso de conflicto armado, con lo que sus cláusulas no tranquilizan a Moscú, pensando, como debe hacerse en clave estratégica, en el peor escenario posible.

posturas complacientes con nadie. Sin ir más lejos, en el conflicto de Libia, Turquía apoya al Gobierno de Trípoli (10) contra los intereses de Rusia. Curiosamente, esa pesada servidumbre, geográfica y no tan geográfica, provoca que Rusia sea especialmente amable con el régimen de Erdoğan y que lo sea hasta el extremo de tragar con cuestiones nada livianas, como el derribo de un *Su-24* ruso por los *F-16* turcos (11). Asimismo, Putin y Erdoğan han llegado a un acuerdo para el control del Kurdistán sirio —sin que perdamos de vista que la iniciativa ha sido turca, a partir de su ofensiva de otoño—.

El problema es que la relación entre Rusia y Turquía plantea problemas estructurales, desde la competencia por el tránsito de gasoductos y oleoductos por el Cáucaso, aprovechando la riqueza de la cuenca del Caspio (12), hasta el interés de ambos por influir en una serie de Estados que enmarcan sociedades turcómanas, aunque con minorías relevantes eslavas (con Kazajistán a la cabeza). No olvidemos además que la población de Chechenia también es turcómana y que de hecho el Gobierno de Ankara fue acusado de apoyar a los guerrilleros musulmanes en su conflicto con Rusia (Brzezinski, 1998: 100). La cuestión es que tanto Rusia como Turquía opinan que esas sociedades son parte de su área de influencia natural. De manera que, planteado este dilema en términos marineros, la mejor metáfora para enmarcar la relación entre ambos Estados es que, pese a ciertas apariencias en sentido contrario, hay mar de fondo. Esto puede apreciarse en conflictos abiertos, como el de Nagorno Karabaj, en el que Rusia (e Irán, por cierto) viene apoyando a los armenios de ese enclave ubicado en el interior de la muy turcómana Azerbaiyán, que, a su vez, es apoyada por Turquía.

Apertura del Ártico

La apertura del Ártico a causa del deshielo, planteada en el escenario 2035, ofrecerá nuevas posibilidades a Rusia al ser la principal beneficiaria teórica, debido a la extensión de sus aguas adyacentes. Habrá más y mejores opciones para extraer hidrocarburos (que ya se está haciendo), para tránsito y atraque

(10) Aparentemente, debido a que ambos gobiernos están en la órbita de los Hermanos Musulmanes. Eso es lo que apuntarían las teorías de realismo neoclásico a través de una lectura elemental de las mismas. Pero el empecinamiento de Erdoğan en Libia también muestra sus ansias de balancear a cualquier potencia que discuta su renovado ímpetu en toda la zona MENA.

(11) En noviembre de 2015.

(12) La lógica turca pasa por potenciar el eje Azerbaiyán-Georgia-Turquía, mientras la rusa prefiere la conexión con Irán, siendo Georgia el Estado pivote que debe soportar, por imperativo geopolítico, el peso de esa controversia.

de mercantes y petroleros (a fuer de buques de guerra), así como para otros aprovechamientos (pesqueros, por ejemplo). Pero, por la misma razón, esa apertura también genera nuevas servidumbres, ya que, como señalan los clásicos, en caso de conflicto esos puntos fuertes serán también los más vulnerables a los ataques enemigos (Mahan, 2007).

En la situación actual, meramente preparatoria para el escenario en ciernes, podemos identificar algunas tendencias. Por una parte, la militarización de ese inmenso espacio le reporta a Rusia importantes gastos en un momento en el que su presupuesto en defensa se resiente, sin que sea fácil cubrir todos los flancos, pese al esfuerzo realizado. Por otra parte, los rusos no están solos: en el otro lado del tablero, desde Washington, pueden hacer lo propio, contando con muchos más recursos, a sabiendas de que hay cuellos de botella susceptibles de inhabilitar buena parte del esfuerzo ruso, debido a su proximidad con algunas de las principales bases de los Estados Unidos en Alaska. Es el caso del estrecho de Bering.

Esta hipótesis de trabajo (*the worst case*) solamente tendría una ventaja para Moscú, que sería que China —a la sazón la otra gran perjudicada por un hipotético bloqueo del estrecho de Bering, debido al interés que la ruta marítima del noreste tiene para su comercio marítimo internacional— se alinearía de modo decisivo y definitivo con Rusia. Si bien, en caso de conflicto, los Estados Unidos podrían evitar esa sensación de bloqueo, ofreciendo garantías a China en las demás rutas (como la del estrecho de Malaca). Sea como fuere, esto nos remite, sin solución de continuidad, al otro gran dilema geopolítico ruso: sus relaciones con China. Porque las buenas relaciones vigentes entre Moscú y Pekín distan de estar garantizadas en el futuro por diversos motivos, entre los cuales los referidos en el siguiente apartado.

Penetración china en Siberia

Puede decirse que Rusia y China son socios. Lo son. Pero no son amigos (si es que eso existe en el mundo de las relaciones internacionales). Y ambos lo saben. En los últimos años, la lenta pero progresiva penetración civil china en Siberia amenaza con darle la vuelta a la precaria demografía de esa inmensa región, tremendamente rica en recursos naturales de todo tipo (agua potable, gas, petróleo y tierras raras), además de ser la terminal de alguno de los oleoductos más importantes del mundo (ESPO), pero tremendamente pobre en población autóctona. Los trabajadores chinos provenientes del norte de su país, donde los salarios son muy bajos, están ocupando los puestos de trabajo que los jóvenes rusos con estudios abandonan, ya que les sale más a cuenta hacerlo al oeste de los Urales, con sueldos mucho más elevados. Esta conjunción es imparable y ya se está notando en barrios enteros de las principales ciudades rusas de la zona, como Vladivostok.

Llegado el momento, China tiene a punto la narrativa necesaria para, si fuese necesario, exigir a Rusia la devolución de amplias extensiones de Siberia, con el consiguiente quebranto de la soberanía y la economía rusas. No en vano, a ojos de Pekín el Tratado homónimo que en 1860 (13) implicó el traspaso de varios miles de kilómetros cuadrados al Imperio zarista fue firmado en unas condiciones tan evidentes de asimetría entre las partes que no tendría legitimidad alguna y se podría discutir, asimismo, en términos de estricta legalidad internacional. No en vano, en aquellos momentos China era prácticamente un *failing state*.

La posibilidad de forzar una situación «a la Crimea», con referéndum incluido, no se contempla a corto plazo, pero se trata de un arma arrojadiza que constituye una fuerte hipoteca geopolítica para el Kremlin (una más), en la medida en que no se avizora solución por parte de Rusia. Parece que el único remedio sea la docilidad en relación con China, a sabiendas de que a largo plazo eso beneficiaría más a Pekín. La paradoja residiría en que en esta ocasión Rusia podría ser la víctima de una zona gris establecida por terceros en su contra. Ya lo recoge San Mateo en su Evangelio (cap. 25, vs. 51-52): «porque el que a hierro mata a hierro muere». A esto los posmodernos lo llaman karma, adaptando viejas lógicas budistas, pero según hemos visto los rusos no son posmodernos.

En realidad, la rivalidad con China no se circunscribe a Siberia. Dejado de lado el Ártico, donde parecen tener intereses concomitantes, Kazajstán es otra pieza clave de la geopolítica mundial. El Gobierno de Pekín no puede permitirse perder el control de esa terminal de la Ruta de la Seda, en la que están algunos de los puertos secos más importantes del planeta, gracias precisamente a las inversiones chinas. Pero ya sabemos que ese Estado de Asia Central también es cortejado por Turquía, mientras que para Rusia es parte fundamental de su *Near Abroad*. Por el momento, las sinergias priman sobre las desavenencias, mientras en Astana se dejan querer por unos y otros, conscientes de que de ello depende su prosperidad. Ahora bien, el gran juego del siglo XXI se desplaza al este, no solamente hacia el mar de China, sino también tierra adentro. China no presionará sobre Siberia mientras Rusia no le ponga las cosas complicadas en Kazajstán: *do ut es*. Lo que parece evidente es que no estamos ante la familia perfecta, y no podemos olvidar que Rusia siempre ha tenido más carácter que inteligencia emocional.

(13) Firmado como colofón de la Primera Guerra del Opio. A raíz de este Tratado, China perdió la región de Manchuria exterior, su acceso al mar del Japón y el control de las islas Sajalín. Por cierto, que Vladivostok, con su importante base naval, también está incluida (lógicamente) en el cupo.

Conclusión: ¿querer es poder?

La geopolítica contiene sus imperativos. Rusia es un Estado del Heartland, en los precisos términos en que Halford Mackinder definió ese espacio. Es más, es el paradigma de gran potencia continental. Aunque el geógrafo británico consideraba que dominar el Heartland equivalía a dominar el mundo (Mackinder, 1904), y aunque podemos hallar algunas explicaciones plausibles de sus razones, debidamente actualizadas (14), esa pretensión estaba sometida a condiciones de posibilidad... que no se han dado (15).

Rusia a duras penas trabaja para frenar la hemorragia iniciada en 1989 con la caída del Muro de Berlín, mientras que los conflictos todavía abiertos (o cerrados en precario) en el extremo occidental del Heartland (Ucrania, Georgia y territorios musulmanes del Cáucaso ruso) le reportan un fuerte desgaste a todos los niveles. Por otra parte, en el extremo oriental del Heartland, China presiona a la manera china, es decir, sin empleo de la fuerza ni amenazas tangibles, pero de modo implacable, generando hipotecas que algún día habrá que devolver o negociar.

No cumpliéndose los requisitos establecidos por Mackinder, la escuela marítima vuelve a la palestra. El problema es que en ese aspecto Rusia no luce especialmente. Nunca lo ha hecho. Quizá porque no puede hacerlo. En efecto, Mahan advierte que un Estado sin acceso a las principales rutas marítimas no puede ser una gran potencia. Las salidas al Mediterráneo y al mar del Norte (por el Báltico) siguen siendo tan complicadas como siempre.

En el primer caso, con Turquía como incómodo (e impredecible) cancerbero, el problema es que sin esa salida el resto del entramado ruso en ambas riberas del *Mare Nostrum* corre el riesgo de caer como un castillo de naipes, con permiso de alguna operación puntual de sus fuerzas aerotransportadas, cuya demanda —con tantos frentes abiertos— supera la oferta de fuerzas disponible. En el segundo caso, el recorrido de sus buques, mercantes o de guerra, debe superar demasiados obstáculos; y en último término, otro cuello de botella en el Kattegat y el Skagerrak, dominado por la OTAN, a través de Estados especialmente sensibilizados por la resiliencia rusa, cuyo comportamiento, además, es bastante previsible (Alemania, Dinamarca y Noruega, aunque Suecia también podría sumarse al grupo).

(14) Brzezinski recuerda que la suma del Heartland y de su área adyacente (el Inner Crescent) contiene el 75 por 100 de la población mundial y una cifra similar relativa a la riqueza producida (60 por 100 cuando él escribe su libro, pero hoy ya está en el 75 por 100) y a las fuentes de energía y materias primas del planeta (Brzezinski, 1998: 40).

(15) La principal condición de posibilidad sería la integración política y económica de esa inmensa área, algo a lo cual podría estar llamada la OCS (Organización de Cooperación de Shanghái) pero, precisamente, los recelos entre sus miembros provocan que esta organización no despliegue todo su potencial.

La gran esperanza blanca radica en la apertura del Ártico, que permitiría una nueva salida a aguas abiertas, cómoda y verosímil durante todo o casi todo el año: el clima como variable explicativa de la geopolítica. Obviando el hecho de que los análisis que hacemos nos remiten a un escenario que se proyecta a veinte años vista, tampoco se trata de una zona franca para Moscú. En un extremo aparece... otro cuello de botella: el estrecho de Bering, en cuyo caso la presión la ejercen directamente los Estados Unidos. Por la ruta de Múrmansk sí es más plausible una salida, ganando aguas abiertas, con lo que se pueden abrir distancias. Pero no podemos olvidar que los buques rusos, mercantes o de guerra, a medida que aproaran hacia poniente deberían operar mucho más lejos de sus propias bases y mucho más cerca de países de la OTAN dotados de buenas capacidades navales.

Pero el gran drama ruso reside en su incapacidad para dotarse de unas Fuerzas Armadas dimensionadas para hacer frente a este reto o, mejor dicho, sumatorio de retos. Con un presupuesto de Defensa ocho veces inferior al de los Estados Unidos y cuatro al chino, con una población que apenas alcanza el 40 por 100 de la estadounidense y que es nueve veces inferior a la de China, con un PIB, en fin, que apenas supera el nuestro... resulta muy complicado adivinar de qué modo Rusia sería capaz de hacer frente a tanto imperativo geopolítico y a tanto deseo de recuperar el tiempo (y el espacio) perdido.

Como decía Alfred Mahan, los Estados continentales tienen un problema añadido, esto es, la multiplicación de sus fronteras con otros Estados, en ocasiones muy poderosos. Fronteras que deben ser bien defendidas. En ese aspecto, la historia es cruel, porque demuestra que si para tratar de taponar un flanco un Estado opta por trasladar ahí su esfuerzo principal, lo más probable es que al desguarnecer otros flancos ese Estado sea desbordado, viéndose obligado a ceder en sus pretensiones (en el mejor de los casos) o a perder soberanía (en el peor). Para Rusia, los frentes abiertos son tantos que, sin las capacidades militares adecuadas para afrontarlos, tras cada nuevo movimiento de Moscú el país de los zares podría «recibir una puñalada por la espalda». La frase no es de un servidor. Es literalmente la que Putin empleó el día que un *F-16* turco derribó un *Su-24* ruso...

En síntesis, querer no es poder. O, mejor dicho, querer solo es poder si uno es capaz de aquilatar sus querencias, de un modo razonable, adaptándolas a su realidad y a sus circunstancias. Rusia todavía puede ser un actor relevante en el escenario internacional, pero para ello debería o bien incrementar dramáticamente su gasto en Defensa o bien reducir sus pretensiones. Y lo primero no parece plausible.

BIBLIOGRAFÍA

- BAQUÉS, Josep (2017): «Hacia una definición del concepto *Gray Zone*». DT 2/2017 del IIEEE, Madrid: Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- BAQUÉS, Josep, y ARRIETA, Andrea (2019): «La estrategia rusa en el Ártico», en REVISTA GENERAL DE MARINA, Tomo 277, pp. 731-745.
- BARFI, Barak (2014): «Khalifa Haftar: Rebuilding Libya from the top down». *Research Note 22*, The Washington Institute for Near East Policy, pp. 1-24.
- BRZEZINSKI, Zbigniew (1998): *El gran tablero mundial*. Paidós: Barcelona.
- GERÖCS, Tamás (2019): «The transformation of African-Russian economic relations in the multipolar world-system». *Review of African Political Economy*, 46 (160), pp. 317-335.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1997): *El choque de civilizaciones*. Paidós: Barcelona.
- JOVANÍ, Carles (2014): «El nacionalismo ruso y sus visiones geopolíticas de Eurasia», en *Geopolítica(s)*, 5 (2), pp. 165-206.
- KRAUTHAMMER, Charles (1991): «The Unipolar Moment». *Foreign Affairs*, 70 (1), pp. 23-33.
- MACKINDER, Halford (1904): «The Geographical Pivot of History». *The Geographical Journal*, 170 (4), pp. 298-321.
- MAHAN, Alfred (2007 [1890]): *La influencia del poder naval en la historia*. Ministerio de Defensa: Madrid.
- MASTANDUNO, Michael (1997): «Preserving the unipolar momento». *International Security*, 21 (4), pp. 49-88.
- MEARSHEIMER, John (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*. W. W. Norton & Company: Nueva York.
- PETTYJOHN, Stacie, y WASSER, Becca (2019): *Competing in the Gray Zone*. RAND Corporation: Santa Mónica.
- STRONSKI, Paul (2019): *Late to the Party: Russia's Return to Africa*. Carnegie Endowment for International Peace: Washington DC.
- SUTYAGIN, Igor, y BRONK, Justin (2017): *Russia's New Ground Forces*. Whitehall Paper 89. London: RUSI.
- TSYGANKOV, Andrei (2013): *Russia's Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity*. Rowman & Littlefield Publishers: Lanham (MY).